

# EL DESPERFORMANCE<sup>1</sup>

(El imperio de los imaginarios que reinan pero no existen)

Freddy Quezada

Los imaginarios de nuestra cultura, magnificados y a veces creados por la publicidad y los medios, se parecen a la idea que Baudelaire tenía sobre el creador del universo: “Dios –decía el poeta, cuando Mastercard aún no se cagaba en las cosas sin precio fingiendo no ponérselo – es el único ser que, para reinar, no necesita ni siquiera existir”. Los imaginarios, pues, (como ese Señor – que respeto pero no conozco – y que dicen nos gobierna), reinan aunque no existan. Y le debemos este descubrimiento en las reflexiones modernas a la filosofía del lenguaje.

## I. El performance

El “performance” es un barbarismo que hizo fortuna en el campo estético, como “arte de acción” y “puesta en escena”, y en la economía, como eficacia y potencial. Performance subraya la comprensión como un fenómeno complejo simultáneamente ‘real’ y ‘construido’. Desde hace algunos años está siendo popularizado por autores que han abrevado en las fuentes de los “actos de habla”, muy trabajados por J. Austin y luego por J. Derrida. Sin embargo, es una variante de él, llamado “performatividad”, la que ha levantado una nube polémica que cuenta aún con pocos enterados en Nicaragua.

Austin clasificó los actos de habla en dos grandes categorías:

- a) constatativos: enunciados que describen la realidad y pueden ser valorados como verdaderos o falsos
- b) performativos: actos que producen la realidad que describen. Estos a su vez se pueden dividir en:
  - b.1) locutivos: producen la realidad en el mismo momento de emitir la palabra (lo que les dotaría de un poder absoluto)
  - b.2) perlocutivos: intentan producir un efecto en la realidad, pero ese efecto no es inmediato sino que está desplazado en el tiempo (y, por tanto, existe una posibilidad de error).

Derrida, sobre estas variedades, introdujo el concepto de la autoridad, no venida de una voz anterior, sino de su repetición. Judith Butler se lo aplicó a las teorías del género e hizo rodar una bomba que echó a correr a las reinas en palacio, diciendo que el género era una “repetición de invocaciones performativas de la ley heterosexual”; “no existe el género, más allá de la propia expresión del género”, etc.

Desde esta perspectiva, los enunciados de género (es niño o niña) aparentemente describen una realidad (constatativa) pero, en verdad, son actos performativos que imponen y reproducen una convención social, una verdad política.

El marco en el que se basa el uso de performatividad que hace Judith Butler- el proceso de socialización por el que género e identidad sexual (por ejemplo) son producidos a través de prácticas regulatorias y citacionales- es difícil de identificar porque el proceso de normalización lo ha invisibilizado.

Las acciones de los “comelones”, *mise á scene*, por ejemplo, si suscitan risas o censuras es porque ponen de manifiesto los mecanismos performativos a través de los cuales se produce una relación estable (un proceso de repetición regulado) entre sexo y género. Viendo que la Butler ha ocasionado un escándalo entre las feministas por sus concepciones desafiantes (algo así como parodias de género, diferentes del kitsch y el

---

<sup>1</sup> *Tópicos del humanismo* (Heredia: Universidad Nacional) n. 115 (febrero 2005).

pastiche postmodernos que son más despolitizados), en realidad aplicaciones serias de lo mejor del postmodernismo al género, en particular sus concepciones sobre la identidad y el poder de construir imaginarios, comprendí que las teorías occidentales siguen dando vueltas sobre sí misma. En vez de destruir el poder del lenguaje, lo siguen aumentando.

## II. El poder de los imaginarios

La idea que no hay identidades fijas, de la Butler y de otros tributarios del postmodernismo, es estrictamente moderna y nos viene del nihilismo que le restó a la modernidad uno de sus términos. Es sabido que la modernidad es movimiento + sentido. Sin un sentido emancipador como horizonte, la modernidad se convierte en movimiento puro. El medio sustituye al propio fin y empieza a gobernar todo con sus dinámicas más relevantes: la eficacia y la velocidad.

En puridad, nada es porque todo cambia, incluso y, en primer lugar, el cambio. Pero es insostenible porque al menos desde la dominancia de la filosofía del lenguaje se cree que se le puede detener con el pensamiento, algo en verdad muy moderno. Y lo más risible, en nombre de dejarlo correr. Al hacernos como performance, permanece la repetición y la citacionalidad con sólo decirlo y pensarlo. No hay originales, sólo copias de copias. La famosa estructura, pues, la permanencia de los fenómenos, no es más que memoria.

Crítica de todo esencialismo, la performatividad esencializa el poder. El poder es algo trascendental en este paradigma y, al parecer, es algo que no sólo manipula cuerpos como un “deus ex machina”, sino que los produce. Quizá aquí esté representado el idealismo, como aquel espantapájaros que hacían los marxistas fáciles del pasado, sin saber que hablaban de sí mismos (otra caricatura que combatía caricaturas). Paradójicamente este tipo de proposiciones de avanzada, como la de Butler, está preparando el regreso del materialismo más silvestre y cimarrón que no tiene mucho de haberse marchado y tal vez sin saberlo y desde adentro, con este ensayo, yo les esté abriendo la puerta a estos bárbaros a los que quizás sigo perteneciendo.

La parte más seductora de este discurso es, precisamente, su parte más débil. El poder como imaginario ha sido explotado por Mac Combs, en los medios; por Anderson y Hosbawm, en los estados-naciones; por Khun y Feyerabend en los paradigmas científicos; por Derrida y Paul De Man en la escritura; por Foucault en los discursos de verdad y los postcoloniales (Bahba, Said, Spivak) en las diferencias repujadas por Occidente y hasta hace poco en el feminismo, por Judith Butler y Teresa de Laurentis. Pero, a mi parecer, de lo que se trata es no de crear si no de no hacer, de destruir en olas sucesivas, de no crear desde el lenguaje, de decir deshaciendo.

Hacer del lenguaje algo líquido como el río de los taoístas y no como el río de Hegel que tiene un sentido reabsorbente en un espíritu intemporal. El poder del lenguaje es esencialmente conservador, vehículo de memoria y socialización de imaginarios impuestos por la seducción, la fatiga, la derrota y la fuerza. La construcción dentro de él, o la ilusión de cambios, es una ficción que juega en las crisis para sanarse a sí mismo. Fuera de él, está lo verdaderamente otro, lo callado, lo que no puede decirse. Pero es algo que no podemos decir. No sabemos si existe o no en los términos que les puede dar el pensamiento y el lenguaje. Es indecidible.

El poder cruza todos los campos. ¿Pero qué es el poder? ¿Es parte óptica nuestra? ¿Viene con nosotros o ya está antes de nuestro nacimiento? ¿Y asumiendo que se nos impone al nacer, por la citacionalidad, en qué medida lo modificamos y podemos derrotarlo con una parte de él mismo sin correr el riesgo de fortalecerlo más todavía?

¿Cómo se combate sin combatir si sabemos que también el poder cambia? Bastonazo zen.

### **III. El desperformance**

Desperformativizando el lenguaje: deshacer una cosa mientras se dice. El modo de hacerla es el olvido del sí mismo. Es una anamnesis al revés. Hay que olvidar todo lo aprendido. El verdadero poder es lo “otro” de la memoria, para sí misma, que se parece mucho al vacío. Pero es un vacío que no se reconoce porque no hay espejo que lo refleje, pensamiento que lo retenga ni lenguaje que lo represente. Lo mejor que se puede decir de él es que es y no es como el Tao que ya no es Tao cuando se escribe. Se disuelve sin esperar el placer de ningún momento siguiente, como tampoco el dolor de ninguno pasado. “No puede ser derrotado, porque no lucha”.

Digámoslo de este modo. Las ideas son nubes a las que pertenecemos. Cada vez que las vemos cambiar cambiamos nosotros con ellas. Es decir desaparece el observador. Somos lo que vemos. Y lo único que nos permite ignorar el fenómeno es que nos deja la sensación de un pasado. De tal manera que para seguir a las nubes estamos deshaciéndonos para hacer otra cosa con cada cosa que decimos o pensamos, que es lo mismo. Es la única manera de derrotar al poder sin contrapoder, sin luchar, pero triunfando, sin ser victoria.

El arte del desperformance es destruir al observador y al pensador con cada cosa que decimos o pensamos. Deshacernos de instante e instante. Reconocernos como personas sin pasado, sin futuro, tiempos que son las creaciones del presente; presente que es siempre el punto de partida para huir de él. Permanecer en él es disolverlo. Por eso no sólo las identidades no son fijas ni duraderas, sino también, y este es el enigma verdadero, el poder.

Disolver esto, por ejemplo, mientras se lee, como ya fue destruido mientras se escribió. Y terminar diciendo, como lo expresó aquel poeta olvidado con la sonrisa de una herida y la lucidez de una cicatriz, que todo pasa y nada queda, que lo nuestro es pasar...